

Vida en un cuadro

Mi nombre es Steven Soderbergh

Dentro del universo de los directores de cine hollywoodense, plagado de artesanos que maquilan filmes para complacer a la mayoría, destaca Steven Soderbergh, un realizador que sabe poner la cámara a la altura de los ojos del espectador. Un clásico moderno. **TEXTO: RAFAEL LEMUS**

Se oye decir, con demasiada frecuencia, que el cine es un arte. Que el director es un artista. Que una película, mientras más tediosa y pretenciosa, más vale. ¿Cuántas veces habrá que repetir que el cine, antes que cualquier otra cosa, es cine? ¿Cómo explicar que su belleza reside justamente en no ser arte sino algo más: un lenguaje tendido entre la industria y el museo, la cultura popular y lo religioso? ¿Para qué insistir en que el cine se llama, casi desde su origen, Hollywood? Antes no era necesario subrayar apenas nada de esto. El público entendía. Los directores sabían. Ninguno de ellos se comportaba como diva o artista. Ninguno creía indispensable cometer crímenes contra el cine en nombre del arte. (La fórmula, sabia, es de Guillermo Cabrera Infante.) Hombres rudos, calzaban botas y arreaban a los actores. Su objetivo: hacer películas. Su meta: hacer películas maestras. Qué importaba que, para hacerlas, tuvieran que desaparecer detrás del guión, las estrellas o el decorado. Nada significaba dejar una marca personal —un estilo, dirían los franceses— sobre la inflamable cinta de celuloide. La cosa era hacer cine. Tan sencillo como eso. Tan improbable como eso.

John Ford, que hacía *westerns*, se presentaba de este modo: "Me llamo Jack Ford y hago *westerns*." Hoy muy pocos directores tendrían la grandeza necesaria para presentarse de esa manera. Ya ni siquiera en Hollywood sobran los directores de vieja cepa. Abundan los artesanos, capaces de maquilar películas pero ineptos para dotarlas de magia, y los artistas más o menos fracasados. Son apenas un puñado los realizadores

dignos de aquel Hollywood, autores sin vanidad ni pretensiones. Uno de ellos, Clint Eastwood, merece un homenaje aparte. Algunos, como Michael Mann o Ridley Scott, son tan esquivos —y de pronto tan dispares— que no es fácil encontrar el modo de elogiarlos. Se puede hablar, no obstante, de Steven Soderbergh. Con él basta: si alguien merece ser llamado hoy *realizador*, ése es él. El director clásico es versátil: Soderbergh va y viene de un género a otro, de un registro al contrario, sin tropezar apenas en el camino. El director clásico es eficaz: Soderbergh salva siempre —incluso contra ciertos guiones porosos— cualquier película. El director clásico es dueño de un estilo no protagonista: aunque podemos reconocer que esta o aquella película tiene la marca de Soderbergh, nunca importa más la marca que la película. El director clásico cuenta con repetidas obras maestras: Soderbergh no carece de ellas. 1989: *Sexo, mentiras y video*. 1999: *The Limey*. 2000: *Traffic*. 2002: *Solaris*.

A la altura de los ojos

Howard Hawks, que también hacía películas, solía decir que había que poner la cámara a la altura de los ojos del espectador. Soderbergh procede de modo semejante: es leal —no complaciente— con el público. Aunque utiliza con frecuencia filtros y encuadres extravagantes, no tiene como objetivo abrumar al espectador. (Tampoco desea consentirlo: antes que melodrama hay rigor en sus filmes.) Si es leal con el público, es porque comparte la certeza de los viejos directores: el espectador, en el cine,



es tan sabio como el crítico. Otra convicción: ya que dirigir una película supone *hacerla*, es necesario involucrarse en la producción. Soderbergh, como Alfred Hitchcock, como Billy Wilder, es un director-productor: cuida la puesta en escena, coordina los mil y un detalles que arrastra cualquier película. Para ello —pelear con el ejecutivo de un estudio o apurar a los siempre lerdos tramoyistas—, se necesita algo más que un alma de artista. Hay que ser un realizador. Hay que decir: "Mi nombre es Steven Soderbergh y hago películas".

¿Qué sigue? Como siempre en Soderbergh, no una cinta sino un puñado de ellas. (Otro rasgo del director clásico: su prodigalidad.) Dos filmes ya terminados, *The Good German* y *Ocean's Thirteen* (*La gran estafa 3*). Una película, en postproducción, sobre el Che Guevara y un documental, en proceso, sobre el comediante Spalding Gray. Se dice rápido, como de paso, lo de *Ocean's Thirteen* y sin embargo habría que detenerse un segundo. Estas cintas —ya tres— no son cualquier cosa. Aunque divertimentos, son películas centrales. Logran hoy, a solas, lo que las películas de ayer conseguían sin esfuerzo: dotar de cierta aura, de un algo religioso, a un nutrido grupo de estrellas. No es poco: es un asomo de sagrado. Un atisbo de viejo y puro cine. Qué más. •

1

1. *The Good German*
2. *Ocean's Thirteen*

CAVAS
Freixenet
de México

UN DÍA EN LA CAVA
CON EL SOMMELIER

Conoce dónde nacen los vinos Freixenet

Sólo segundo sábado de cada mes, de la mano del sommelier RICARDO ESPÍNDOLA, donde pasarás un fin de semana descubriendo novedades y curiosidades del vino, desde el viñedo hasta el descorche de un espumoso!

COSTO POR PERSONA:
\$550.00 pesos
Incluye: Conferencia, visita, comida, vino, diploma y una copa de recuerdo.

para mayores informes
Carr. SJR-Cadereyta km. 40.5 Ezequiel Montes, Qro. México - Tel / faxi (01.441) 277.01.47
eventos@freixenetmexico.com.mx
www.freixenetmexico.com.mx

Además todos los días
Recorridos Gratuitos
Lunes a viernes: 12:00 - 13:30 y 15:00 hrs.
Sábado y domingo: cada hora de 11 a 16 hrs.
ROGAMOS RESERVAÇÃO PARA GRUPOS MAYORES DE 15 PERSONAS.